De mis Memorias.

I

UN PLACER

Don Rafael de Lebrija era un viejo español, recio de facciones, cargado de espaldas y zamborotudo, vestido con pantalón y paletó de casimir del país, fieltro maltratado y zapatos burdos; había asistido como marinero al combate de Trafalgar y fué soldado del Rey mi Señor en las guerras de nuestra Independencia. Yo lo conocí en Tepic por el año de 1862 en que la dominación de Lozada se extendía como chapa de fierro mohoso, sobre lo que ahora forma el Territorio, siendo el dicho Don Rafael jefe de garita en que se cobraba una especie de peaje ó alcaba-

la *ad libitum* que plugo establecer á los paniaguados de *Don Manuel*, los cuales se ingeniaban para exprimir de todos modos á los pueblos caídos en sus garras, después de que los de pelea mataban ó asendereaban á los varones, saqueaban las propiedadesy violaban á las mozas que hallaban á su paso.

Inesperadamente me cogió en aquella ciudad el remolino del Dos de Junio en que sorprendieron y destrozaron á la pequeña guarnición de milicianos que allí había dejado el Gobierno de Jalisco, después de los tratados de Ogazón; de modo que durante la época imperial que vino en seguida, fué aquello una verdadera cena de negros, una bacanal de canibalismo, sin comunicación ni dependencia de los centros civilizados del resto del país, en que se daba caza á los del partido llamado de los *Changos*, por los *Macuaces*, de que se había declarado directora la casa mercantil de Barron Forbes y Cª, filiada en el bando conservador. Todo ese tiempo Tepic presentaba el aspecto de una plaza tomada por asalto, en que los cuadrilleros tenían derecho á apoderarse de cuanto querían y á maltratar y vejar á todo el mundo, no siendo menos crueles y temibles, los *políticos* que sin haber bajado de la Sierra ó formar parte integrante de la gavilla, se organizaban en permanencia para explotar al vecindario y vivir de los despojos y del trabajo de los vencidos.

Mucho era lograr entonces, los reputados Changos ó los neutrales, arrimarse á la sombra de algún macuaz manso que, sin pertenecer precisamente á los indios de la gavilla, ó ser de sus primitivos coadjutores, los adulaban ó aplaudían, para disfrutar de cierto fuero de impunidad, dominio y manos libres.

Don Rafael era uno de esos vividores, pachorrudo y acomodaticio, que sin estar animado de tirria y mala voluntad hacia nadie, se había declarado macuaz, porque era el partido más productivo y de mayores probabilidades de superioridad durante largo tiempo, bien pesadas las circunstancias; y había conseguido el empleo de alcabalero que, por su condición de alienígena y carácter pacífico, podía desempeñarlo con menos susto de los causantes y más pingües productos para los dominadores, porque nadie se atrevía á pasar por las garitas mientras estuvieron ocupadas por matones de á caballo eructando insolencias y erizados de puñales y pistolas.

Por desahogarme un poco de la reclusión forzada y llena de privaciones que me imponía aquel estado de sitio y alboroto en permanencia, íbame algunas veces por las siestas, que era cuando solía haber menos santiaguitos y trabacuentas en las calles, á saborear el café de la modesta sobremesa de Don Rafael convidándole, por mi parte, una breva de tabaco escogido de Chila, para hacerlo referir algunas de sus aventuras truhanescas ó de sus pasadas glorias militares, que narraba con verba inagotable siempre que se daba cuerda con un trago de *pousse-café* ó que lo entusiasmábamos sus oyentes, que éramos un lejano pariente mío su compañero de oficina, y el que esto escribe, con aplausos y excitativas, de vez en cuando, para que siguiera espantándonos el sueño pesadísimo de esas horas de tedio y de bochorno.

Ya nos había descrito varios episodios de Trafalgar en que había tomado parte activa como tripu-

lante del San Antonio, y nos había pintado la herradura de batalla que habían formado los barcos españoles, en presencia de los ingleses. las disidencias con el Almirante francés y el nómbre, arqueo y cañones de cada una de las naves combatientes. Después nos refirió algunas de sus correrías por la Nueva España, sus triunfos y derrotas de insurgentes, en que había trafagado desde Nueva Vizcaya hasta Choapan, y desde la Veracruz hasta Valladolid, ya solo, ya en conserva con su regimiento ó en caravanas de diversas clases, etc.; etc.; de cuyos lances conservo mny pocos rasgos, así como de los nombres de personas, lugares y fechas que citaba y describía con minuciosidad y gracejo admirables. Desgraciadamente no se me antojó entonces tomar apuntes de una de esas relacianes, en que apenas me fijaba de momento, preocupado como estaba por los sucesos de actualidad que se desarrollaban en ese tiempo por todo el territorio nacional, y principalmente en nuestra localidad, que era como si dijéramos, teatro de une batida continua y de las más insólitas peripecias.

Conservo, sin embargo, después de luengos años de aquellas conversaciones y sucesos, los puntos salientes de una de esas relaciones que nos hacía cuando ya me trataba con más confianza; habiendo convenido entonces, en aprovechar un claro de aquella enredada y comprometida trifulca, para hacer una expedición dispuesta con los elementos correspondientes, en busca de una guaira que nos haría más ricos que á Montecristo; pero no llegó á realizarse.

«Andábamos entre lo que ahora se llama Durango y Zarctecas, dijo, no recuerdo si citando fecha ó

simplemente refiriendo el suceso, cuando fuimos alcanzados por una cuadrilla de insurgentes, superior diez ó doce veces á nuestro grupo; y aunque tratamos de resistir y nos sostuvimos largo tiempo sin desorganizarnos, poco á poco íbamos mermando y sintiendo el pánico y el agotamiento. Eramos los realistas diez ó doce y contábamos ya tres muertos y otros tantos heridos seriamente, que no tomaban parte en las faenas; mientras que del resto, ninguno estaba enteramente exento de contusiones y descalabros ó de fatiga, que nos imposibilitaba de seguir haciendo resistencia. Fuímonos separando favorecidos por la obscuridad, hacia diversos lados, y yo me aproveché de una de las acémilas en que traíamos víveres y vestuario, que ya no era dable salvar. Los animales estaban hambrientos y cansados, porque habíamos corrido sin detenernos todo aquel día y no había sido pósible atenderlos· pero de todos modos, valían más los cuatro remos de un solípedo, que los dos míos semibaldados y ateridos, y más cuando llevaba remolidas las costillas del lado siniestro por un hondazo qué qabía recibido á corta distancia, disparado con diez ó doce culebras por un taraumara aceitunado de mugrienta cotona, que yo interrumpí con la explosión de mi mosquete y á quien dejé atarantado, mientras que yo, azotando y taloneando á babor y estribor mi cabalgadura, me aparté cuanto antes del teatro de la lucha.»

«Anduve toda esa noche sin respiro, azuzando á mi macho en silencio con piés y manos, porque parecíame oir en las ráfagas del viento, carreras y retintín de «gachupín tiznado» y otras jaculatorias, figurándome que me alcanzaban y me hacían picadillo ó me

degollaban, como estuve á pique de serlo en las Barranquitas de Guadalajara.»

«Al aclarar el día, después de haber errado largo trecho por un bosque, tratando yo de meterme por lo más espeso para no ser visto desde alguna distancia, oí el relincho de un caballo, no muy lejano, á mi derecha. Viéndome ya casi descubierto y que mi montura no daba señales de actividad, y sin gobierno, por no venir más que con jáquima y montado en el aparejo, creí más conveniente abandonarla y escurrirme á pié por entre unos breñales, pasados los cuales y como á veinte pasos de distancia, tras unas viejas higueras, encontré una covacha entre los recortes de un paredón, en la que me introduje no sin gran trabajo, encervado y lastimándome horriblemente mis chipones y arañazos.»

«Efectivamente, apenas había logrado ponerme á cubierto en mi escondite, cuando sentí que llegaban algunos al sitio en que había abandonado mi mulo, y que se alternaban y mezclaban varias voces terribles y amenazantes que se disputaban mis alforjas, en que llevaba mendrugos de galleta, queso, cigarros y otras baratijas.»

«No sé cuanto tiempo tuve que tener en suspenso la respiración, temeroso de ser descubierto por su compás, que pareciáme muy ruidoso y podia percibirce á los 60 ú 80 palmos que me separaban de mis terribles enemigos; aunque ahora reflexiono que tal vez no eran beligerantes, porque se notaban en el orfeón, flautas de chico y de mujer. Pero el miedo y las circunstancias son linterna mágica que reproduce los objetos con formas y tamaños formidables.»

«Por la tarde, ya muy avanzado el dia, hostigado por la sed, me sentí trastornado por una especie de desesperación que me hizo desentender de todo peligro, para salir en busca de algún refrigerio ó alivio de mi mortal situación, que si se prolongaba, tendría necesariamente el peor de los desenlaces.»

«Pero el sobresalto y mis heridas no me permitieron disfrutar de un largo sueño, como se disfruta en los casos ordinarios después de una noche de holgorio y de verbena, sino que calculo que allá por la media noche ó poco más, emprendí de nuevo la marcha, aguijoneado por la idea de que era preciso hallar cuanto antes una salida á mi situación....»

Omito por innecesaria á mi propósito, la narración de tres dias con sus noches en que Lebrija anduvo errante por cerrros y hondonadas, desiertos, lomas y vericuetos; sin huellas recientes de humanidad, en las tortuosas escabrosidades de la Sierra de Alica ó del Nayarit.

Después de mucho vagar, padecimientos y peripecias, llegó nuestro hombre á un espacio despejado donde distinguió adosada contra el recorte acantilado pe un ribazo, una especie de choza formada de hacinados pedruzcos y cubierta con sarmientos de *cuamecate* y escobilla, que aunque temió fuese el aduar de algún huichol salvaje, revestido de temerario valor, se encaminó hacia ella con la esperanza de encontrar allí un modo de reponerse, ó siquiera de exhalar el ánima á la vista de un hijo de Adán.

Su valor subió de punto, cuando divisó que el probable propietario ó uno de los moradores de aquella cabaña, era un anciano de barba larga, espesa y ca-

na, cubierto de pieles, pero no á la manera de los indios que adornan con ellas su bronceada desnudez, sino más bien como de un sejeto que ha conocido los usos sociales.

«Avancé más, siguió diciéndonos, sin que aquel mascarón diera muestras de temor ú hostilidad hacia mi persona, hasta que pude dirigirle la palabra implorando su compasión y pidiéndole hospitalidad en la estrecha y angustiosa premura á que me habían reducido mis descalabros, cansancio y carencia de todo, en aquellos desiertos tan abruptos y perdidos; y con poca dificultad, después de varias preguntas, y mediante algunos informes sobre mi provenencia y motivo de encon»rarme allí, me efreció de buena gana el anciano, todo el amparo que podía impartírme en sus circunstancias, aunque con encogida reserva y sin darme á conocer ni entonces ni después, nada relativo á su persona y condición,»

«Me tendió sobre unas hojas de maíz bajo de una manta de fibras de maguey, me proporcionó unas poleadas preparadas cón polvo de maíz y unos cachos de burda torta del mismo cereal; lavó mis desgarraduras y heridas, ungiéndolas después con un bálsame aromático. De modo que por mi parte, aunque con gran curiosidad por saber quién era aquel sér misterioso, separado del mundo, de tan correctas maneras y no inculto de lenguaje, me dormí luego, sin cuidarme por entonces de otra cosa, que de aprovechar mi presente acomodo.»

«Al día siguiente fuimos entrando en nuevas explicaciones más completas y francas de mi parte, por la confianza que me inspiró aquella especie de ermitaño que parecía bastante familiarizado con tan

ásperas serranías y soledades, y acostumbrado á hacer frente á sus inclemencias, ya por el hábito de sentirlas, ya por estar provisto de lo indispensable para desafiarlas.»

De la relación de mi tertulio, en que entraba la desdripción de los trebejos que componían el ajuar de la cabaña y sus alrededores, se deduce el concepto que él se formó del propietario. Había cerca, un pequeño manantial de agua limpia, y prósperaban á la vera de su corriente algunos frutales y hortaliza. No lejos, pastaba á sus anchas, un asno viejo y sarnoso, en un enciso de maíz y frijol recién cosechados,

Era el Padre Jacinto, según le llamaba Lebrija, uno de esos eremitas semilegendarios de las vidas del Santoral que poblaron la Palestína y la Tebaida en los primeros siglos del Cristianismo, y que sólo era verosímil en el supuesto que él se hacía, de ser aquel anacoreta, un jesuita escapado de la expatriación decretada por Carlos III, por no haberla podido obsequiar de pronto, sea porque hubiese andado de misión por aquellos contornos, sin haber llegado á tiempo á su noticia la Real Orden, sea por otro motivo; y se había remontado en aquella sierra con el ánimo de llevar vida regular y libre, al mismo tiempo, de la presión de las circvnstancias, pues según Lebrija, todo lo que había observado y oído de aquel hombre, le había inducido tal convicción, incluso un pergamino viejo en latín que conservaba, así como sus referencias á personas y sucesos de que, atando cabos, se podía colegir que no se trataba de un simple colono lego en busca de fortuna, ó de algún proscripto común, ya que no tenía familia y lo

habían respetado y dejado en paz, los indios bozales que indudablemente hábían tropezado con él varias veces; lo que prueba que les había prestado importantes servicios. Hacía poco caso de las comodidades y no se guarecía en aquel tugurio, sino en casos extremos, pues desaparecía desde el alba para no volver hasta muy entrada la noche, y algunas ocasiones, durante la estancia de Lebrija, permaneció ausente dos ó tres días seguidos, dando á entender muy claramente que deseaba estar solo y que le molestaba la compañía, es decir, que su huesped debía ausentarse tan luego que se sintiera restablecido para seguir su camino, ó que de lo contrario, cambiaría él su residencia, como ya lo había hecho otras veces, cuando había sido descubierto por personas que lo inquietaban con sus visitas y consultas y que temía denunciaran su retiro. En una de esas excursiones había traído sobre el asno, un ciervo cuya piel estacó, y adobó sus carnes de manera, que se conservaron algunos días, De otra ausencia volvió con un paquete de azufre que servía para encender luz, mediante el procedimiento de eslabón, yesca y pedernal, único entonces conocido. Parecía además, que aquel hombre no había tenido un sólo lugar de residencia, sino que la cambiaba de tiempo en tiempo quizá para desorientar á los que lo hubiesen descubierto, ó bien por convenir así á sus propósitos é inclinación.

Pasados algunos días, cosa de un mes, en que ya nuestro realista se había repuesto, tuvo que disponer su retirada, de acuerdo con su benefactor, quien le ofreció las provisiones indispensables para su larga y riesgosa caminata. A ese efecto, llevó el mismo día un saco de oscuros preduzcos, que puso en un hoyo revestido de lajas y cubrió con gran fogata, los cuales se convirtieron en planchas de plata pura; y montando de nuevo en el borrico, se alejó durante dos días de la vivienda, volviendo provisto de los objetos deseados, y que fueron entre otros, un jamelgo, un sarape, zapatos y un puñado de reales en efectivo, habiendo reservado algo para sí, como sal, un azadón y no recuerdo que otra cosa.

Don Rafael tenía la idea que el criadero ó mina de donde el jesuita extraía tan fácilmente aquella riqueza, no distaba ni tres millas de su morada, por el tiempo que dilató en transportar el mineral, á no ser que ocultara algún depósito para tenerlo á mano en cualquier evento, lo cual es muy posible, tratándose de un sujeto prudente y precavido. El solitario jamás quiso revelarle ni su verdadera condición, á pesar de no haber llegado á negar formalmente que fuése sacerdote, y mucho menos se prestó á indicarle el lugar, distancia ó rumbo de donde había traído las piedras argentíferas, porque se excusó con que ponía en peligro el secreto de su subsistencia, hizo prometer bajo juramento á su favorecido, despertando codicias; y antes por el codtrario, que jamás revelaría ni su presencia en aquellos lugares, ni el modo con que había sido alojado y atendido, ni mucho menos la existencia de mina, de metales preciosos ó tesoro, que pudieran dar margen á una invasión de buscones denunciantes que le frustraran su propósito de permanecer por allí con toda libertad, ignorado del mundo y dedicado á la santificación de su alma.

«Como de entonces á acá, agregaba nuestro peninsular interlocutor, han pasado cosa de cincuenta a-

ños, creo que no existen ni restos del Padre y de su celda. Me considero; por consiguiente, desligado de mi juramento; pero estoy seguro de que si me encontrase otra vez frente á aquella perspectiva que conservo viva en mi imagi ación, ó cerca de ella" por el camino que traje al salir de allí, reconocería luego el paisaj : y me orientaría en las principales direcciones, no siendo cosa imposible encontrar después el surtidero de plata de aquel santo varón, donde debe háber tambien un rico placer de oro, por que al despedirme por última vez, y dar la vuelta á un cerrito que limitaba el horizonte de aquella posición. sacó de su cuera unas pepitas de oro de cosa de diez ó doce onzas de peso, y me las regaló diciendo que hacía mucho tienpo las conservaba, y que no le servían de nada, porque no había querido venderlas ni permutarlas en alguno de los pueblos vecinos á donde iba de vez en cuando á hacer alguna compra, por no despertar sospechas que pudieran serle funestas; pero que á mí, podrían ser útiles aquellas piezas para, que no me encontrara sin recursos al término de mi viaje.

Esto es lo que he podido reconstruir, después de mil sucesos y preocupaciones de toda especie que me han sobrevenido consecutivamente, absorbiendo mi atención, de la encarecida confidencia que nos hizo el ex-marino español, habiéndoseme escapado varios detalles é incidentes en que se detenía, siempre que nos trató de esta aventura. y sobre todo. he perdido los nombres propios de personas y lugares, las fechas y el leguario, por que al escuchar la relación no me pareció de importancia fijarme en ellos, ya que estábamos en hacer los tres juntos la

expedición, sufragando yo los gastos y siendo guía el mismo autor del prímimitivo drama, para ir rectificando y rehaciendo sus recuerdos sobre el terreno, á fin de encontrar el tesoro; pero no pudimos por entonces verificar el viaje, por que el estado de revolución no lo llegó á permitir, hallándose toda la comarca infestada de fascinerosos y bandidos y dominada enteramente por las huestes feroces del «Tigre de Alica,» que apenas me toleraba en sus posesiones merced á ciertas combinaciones diplomá ticas de una pudiente casa de comercio que me favorecía. Era pues, una temeridad aventurarme entre sus mismas guaridas, no ya de paso, sino el tiempo necesario para ejecutar el reconocimiento. Y si hubiéramos podido llegar al sitio deseado descubriendo algo, aquella gente se habría adueñado de todo, con mas razón, para no perdonarnos entonces ni la vida, y sin que se hubiera sabido después, la suerte que hubiéramos corrido, ni en dónde hubiesen quedado nuestros despojos.

A los dos ó tres años murió el tío que me servía de vínculo ó de intermediario en mis relaciones con Don Rafael, á quién no volví á tratar después del periodo agudo de la dominación lozadeña en Tepic; y luego tuve que salir de allí, ansioso de otra atmósfera y de otra sociedad sin ocuparme por entonces, ni rememorar en mucho tiempo aquella *relación*, ya que no era posible intentar nada.

Supe, entre tanto, de la muerte de Lebrija, que á su vez se había establecido en el Rosario, después del derrumbe final del cacique Alicantino; y con mucha posterioridad consigno estos recuerdos, aunque vagos, respecto de la ubicación de la guaira, porque á mí me sería ya imposible sacarles provecho, y para, si fuese dable, que otros reconstruyan la historia de ese buen religioso, desaparecido entre las ruinas de dos huracanes.

II.

EL AGUATE

Ocupado Tepic por la banda Lozadeña, después del inesperado y pérfido albazo del Dos de Junio de 862, no había orden ni seguridad ninguna para los habitantes, especialmente para los que no habían promiscuado con la gente alicantina. Casi nadie circulaba por las calles, á no ser por premente necesidad de procurarse víveres ó por otro negocio imprescindible; pero en los pequeños intervalos de quietud que dejaban los *colorados* de Corona, solíamos sacar las narices de nuestros escondrijos y penosa reclusión los que por circunstancias ineluctables teníamos que permanecer en aquel nido de odios y salvajismo, desafiando el peligro de tropezar á cada paso con algún pollo de la insolente gavilla, que nos hiciera pagar caro la incontinencia.

Era una tarde ardiente y abrumadora del mes de agosto de 63, de aquellas en que en nuestros climas costeños se suspenden las lluvias por varios días, se ausentan los nublados y queda el cielo más azul y transparente que en el resto del año, porque no hay una mota de polvo que enturbie la atmósfera, y el sol chispea sobre pisos y paredes redoblando su brillo y fuego abrasador.

Habíame conquistado un valioso y buen amigo, D. Julio Pérez, empleado de la plurimillonaria casa mercantil de Barron, Forbes & Co, que congeniaba conmigo por su afición al estudio y á la literatura, y me visitaba algunas veces que sus labores se lo permitían, como cuando tenía que pasar por la calle de mi alojamiento para ir á la fábrica de hilados y tejidos de Jauja, que dista cosa de un kilómetro al noroeste de la población, á transmitir órdenes ó desempeñar otra comision de sus principales que eran los dueños de aquella negociación.

Como la casa de Barron estaba aliada con el cabecilla serrano, los agentes y dependientes de aquella, gozaban de inmunidad entre los cachorros del Tigre y tenían curso libre y sin riesgo, aun en las ocasiones de alboroto, llamado allí *borrego*, que eran peligrosas aun para los mismos macuaces. Borrego era la alarma y pánico que se difundía instantáneamente cnando alguna partida ó merodeadores sueltos de Corrona, penetraban dentro del caserio, tiroteando y acuchillando á los macuaces que hallaban al paso y llegando á veces hasta los puestos de guardia y Casa Consistorial, para regresar después á su campo, cuando ya más no podían, no sin dejar aquí y acullá algún muerto ó maltrecho de ellos mismos que no pudieran recoger, y á los vecinos llenos de alarma y pavor, sumídos en lo más recóndito de sus viviendas, porque los lozadeños, durante largo tiempo seguían correteando á pie y á caballo por todas las calles, ebrios y furiosos, arremetiendo, cintareando y desvalijando á todo el que encontraban, cual si fuera beligerante enemigo, hasta que el rebato, los tiros y atropellos iban mermando poco á poco.

La tarde á que me refiero, era de las más pesadas y silenciosas, porque habían transcurrido varios dias sin borrego, y mi amigo Pérez me decidió á acompañarle á su excursión á Jauja, donde tenía que transmitir algunas instrucciones al director Fowler, personaje de cuenta, yankee de cierta ilustración, pues que había sido administrador general de Correos en Nueva York, y solía invitarnos con instancia á su mesa, que era muy bien provista y servida, porque mascullábamos el inglés y él no entendía una jota de castellano. Es decir, nos agazajaba como no lo acostumbran los de su país, porque lo poníamos al tanto de lo que pasaba en la ciudad, de lo que se rumoraba acerca de la Intervención, y charlábamos de sobremesa con mayor libertad y confianza que con los paisanos sobre la política y acontecimientos del día, pues en otras partes se temía siempre tropezar con algún favorecedor encubierto de los latro-intervencionistas.

Se le servía la sopa poco después de las cinco, y esa tarde nos detuvo á tomarla porque tenía invitados á D. Flaminio Agassini y á Mr. Marshall, empleados superiores de la *factory*, y nos obsequió, además de lo ordinario, con ostiones frescos, un magnífico pastel y champaña, pues tenía á su servicio un excelente cocinero negro.

Por mucho que quisimos levantarnos de la mesa lo más pronto posible, saboreando apenas un sorbo de café, al encender un habano, emprendimos el regreso ya agonizando el día, y caminábamos á toda prisa á fin de atravesar á buena hora las calles su-

burbanas que eran las más expuestas, por obscuras y sin casas habitadas; seguimos las ondulaciones del rio y hasta nos olvidamos del riesgo con el magestuoso rumor de su corriente, que serpentea entre piedras y rompientes, y respirando el embriagante perfume de los jazmines silvestres que bordan la otra orilla. Cruzamos los cristalinos manantiales de Acayapan y entramos sin novedad hasta más allá de la garita; Pero al dar vuelta para la calle del tendejón del "Nopal," tuvimos la mala suerte de encontrarnos, caracoleando en las puertas de esa cantinafigón á unos ginetes de rifle, machete y terrorífica catadura.

Cuando quisimos retroceder, ya teníamos encima á dos de aquellos fierabrases, uno de los cuales era nada menos que el famoso *Aguate*, de los segundos y más consentidos del *Amo* que se pavoneaban con el título de coroneles, y éste se distinguía con ese apodo, porque era astuto y sutil como una pua para desgranar á tiempo su revolver y acabar con sus contrarios, metiéndoles en el cuerpo su limpiadientes.

Tan luego como nos hubo descubierto se arriscó el chambergo. desnudó el chafarote y picó el *cuaco* hasta cerrarnos el paso, intimándonos con elocuente interjección, la orden de detenernos; mas al reconocer á Pérez modificó un tanto el tono y dirigiéndose á mí, con avinado y provocante acento:

—¡También los catrines se raspan el gasnate, aulló, Vengan á echar un trago con los hombres!

—Muy bien, amigo, le contesté; con mucho gusto, aparentando recibir una invitación afectuosa, y tomando la botella de manos de su compañero que me

la ponía insolentemente entre los dos ojos, hice como que tragaba un sorbo, empinando la negra y baboseada limeta, y se la devolvía, dándole las gracias cortezmente; pero el indio malcarado me la rechazó, diciendo:

—Eso no es nada; apechuge hasta que lo s enta!

Receloso de que hubiese notado mi anterior simulación y tratando de ser consecuente hasta el extremo para evitarnos una desastrosa catástrofe, me resigné al sacrificio de pasar dos ó tres sorbos, haciendo borbotar el líquido, y le alargué de nuevo su frasco; mas él arremetiendo el caballo y con tono cada vez más altanero y amenazante me intimó la orden de agotar el contenido.

No me di por entendido todavía de la violencia, tratando de excusarme con varias razones, en que D. Julio me secundaba, aunque con timidez; pero el Aguate con sarcasmos y sierpes de su vocabulario de guerra, rugió de nuevo su intimación.

Viendo yo que no había remedio ni evasiva eficaz, y que lo que el bandido proponíase únicamente éra atiborrarme de alcohol hasta el embrutecimiento, para tener en seguida mejor pretexto de ultrajarme y acabarme, por cualquier indiscreción ó imprudencia de mi parte, me vino de súbito la inspiración de resistir solemnemente. jugando el todo por el todo, antes de que se anublara mi cabeza, prefiriendo más bien, perecer luego, en mi juicio y con dignidad.

—Haga V. conmigo lo que le plazca, le dije serenamente y sin alterarme; creí que V. me hacía una invitación afectuosa como caballero, que yo acepté agradecido, pero, puesto que se trata sólo de oprimirme y pisotearme, es en vano toda deferencia de

mi parte. No tomo más, y arrojé violentamente la botella que se hizo mil astillas en el suelo, poniéndome erguido y mirándolo de frente.

Quedose un largo rato también él sin movimiento y clavando sus ojos en los míos, no sé si sorprendido de mi audacia, ó deliberando lo que hubiera de hacer en aquella eventualidad, para él, inesperada, hasta que al fin prorrumpió con sonsonete de satisfacción y aplauso:

—Así me cuadran los hombres!....que saben morirse sin rajarse.

La divina Providencia me había salvado esta vez, como otras muchas de mi vida, porque nadie habría escapado en mi lugar, de haber sido hecho trizas, ó por lo menos befado y estrujado por aquella fiera que contaba en su hoja de servicios con más de cien proezas de este y otros tipos, terminadas en horrores y matanzas, y aun por motivos más fútiles, ó por el simple cálculo de hacerse temer y renombrar entre amigos y enemigos.

Sea que hubiera temido disgustar al Jefe, maltratando á uno que bien podía ser amigo de *la Casa*, puesto que andaba en compañia de uno de sus factores, ó sea que mi actitud le inspirara algún respeto y simpatía, ó por cualquier otro motivo, aquel hombre cambiose de momento y de manera, que nos dejó libre el paso, y vuelto yo del aturdimiento que aquel brusco cambio me causara, y que no había sentido en el peligro, di gracias á Dios que me había librado en aquel lance, como yo no lo esperaba, pues fué un acto casi indeliberado y automático, la arrogancia y serenidad de mi comportamiento. Varias veces he tenido ocasión de convencerme que me reservaba para otros fines y pruebas más duras tal vez, en el curso de mi vida, y que juega con el corazón de los mortales, repitiendo cuando le place, el episodio de Daniel en la cueva de los leones, ó el de Ester y Asuero.